

IMPASSE Y ABANDONO DEL CAMINO DE CONVERSIÓN. DISCERNIR LAS ASIDUAS FALACIAS, SUTILEZAS Y ENGAÑOS APARENTES [Ej. 329].
Rufino J. Meana Peón. Profesor de Psicología Clínica y de Discernimiento Espiritual en Universidad P. Comillas.

Sumario

Se plantea el problema del posible estancamiento y, tal vez, abandono de las personas que van creciendo en su camino espiritual y cómo San Ignacio ubica el epicentro del fenómeno en lo que denomina falacias, sutilezas y engaños aparentes. Para ello se ofrece una reflexión que va poniendo en paralelo el fenómeno descrito con otros asimilables en los procesos de cambio psíquico dentro del ámbito terapéutico. Así, se alude a resistencias, mecanismos de defensa, distorsiones cognitivas, temor a lo desconocido o apegos inseguros para tratar de ofrecer luz en la tarea de discernir y acompañar a la persona que se encuentra en el círculo maligno anunciado en la primera regla de segunda semana.

Palabras Clave: **Reglas Discernimiento, Segunda Semana, Antropología Psicológica**

Queremos aclarar desde el comienzo que no está en nuestro ánimo entrar a comentar la primera regla de segunda semana porque ese trabajo está realizado de modo exhaustivo por numerosos autores de entre los cuales son particularmente significativos S. Arzubialde y J. García de Castro¹. Nuestro objetivo aquí es detener la atención en un aspecto que Ignacio, con su parquedad habitual, subraya dejando constancia, una vez más, de su profundo y detallado conocimiento de la naturaleza humana, concentrado en las últimas palabras de la regla.

Subraya un momento que puede ser más disruptivo y complicado de lo esperable: la muy real posibilidad de que una persona que avanza por un camino de conversión prometedor, cargado de experiencias consoladas de Dios, entre en un impasse bien argumentado, con razonamientos que surgen de pronto con enorme claridad y con efectos totalmente desanimantes incluso apuntando a la seria posibilidad de un sorprendente abandono del camino emprendido, desestimando todo lo vivido. Esta circunstancia no sólo puede ser observada en un ejercitante que encara la segunda semana de ejercicios sino, también, en un creyente de largo recorrido que ha ido avanzando 'de más en mejor subiendo' y, de pronto, entra en un impasse que se convierte en abismo y conduce a una enmienda a la totalidad de todo lo vivido. A uno y otro iremos dirigiendo nuestra atención con el ánimo de arrojar alguna luz sobre el proceso que ayude a discernir mejor tanto al sujeto paciente como al acompañante.

La regla

A juicio de Arzubialde² estamos ante una regla que es presentada por Ignacio con el fin de establecer el criterio universal de discernimiento de todo género de mociones. Unas caracterizadas por alegría y gozo espiritual otras por tristeza y turbación. En este punto, ya sabemos que la alegría y gozo espiritual pueden ser denominadas *consolación* si conducen a un acercamiento al 'Criador y Señor' con un aumento de Fe, Esperanza y Caridad mientras que las segundas serían *desolación* si empujan a todo lo contrario [Ej. 316-317]. Ofrece la regla en un momento en el que puede ayudar especialmente a los sujetos que van avanzando en su relación con Dios y en las concreciones que trae esta relación para su vida. Individuos con un tono anímico más bien positivo, mirada crítica hacia los propios errores, pero muy posibilista con respecto a los escenarios venideros; un camino avanzado en el compromiso con Jesús y su Reino que, en principio, parece que promete ir a más. Ante esta persona, Ignacio

¹ ARZUBIALDE, S., *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio: historia y análisis*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2009. GARCÍA DE CASTRO, J. *El Dios emergente. Sobre la 'consolación sin causa'*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2001.

² ARZUBIALDE, S., op. cit., p. 801.

ofrece una advertencia: incluso en estas óptimas circunstancias, el enemigo actúa y lo hace de modo particularmente sutil. Con frecuencia, sólo se identifica su actuación al caer en la cuenta de que se va dando una distensión espiritual con sensación de rutina sinsentido, cansancio, turbación, tal vez tristeza, todo ello bien fundamentado en razones lógicas además de vivencias de impotencia también bastante ‘razonables’.

El proceso antropológico

Consideremos que este sujeto es alguien que se halla comprometido de lleno en un proceso de cambio personal; esto es algo que nunca resulta ser tan fácil como se puede imaginar. Para un adulto, ir dejando de ser y estar como ha ido aprendiendo a hacerlo a lo largo de su vida, es tarea ardua; caigamos en la cuenta de que se trata de la experiencia que se encara, también, en todo contexto psicoterapéutico y sobre la que han corrido ríos de tinta. El célebre comentarista de los ejercicios Achille Gagliardi dice en el S. XVI que quien comienza la segunda semana de ejercicios ya viene liberado de todos sus pecados veniales y de todos los ‘vicios e imperfecciones’ (no sabemos si esto ya es mucho decir en no pocas ocasiones) y, ahora, lo que desea es ‘alcanzar todas las virtudes y bienes’; algo que, a su juicio, exige un mayor esfuerzo y necesita más tiempo; algo que el autor califica de ‘muy difícil’³. No pocas veces, saltamos este detalle: es muy difícil y, tal vez, añadimos nosotros, tarea para toda la vida porque, como nos recuerda Victoria Camps⁴, nadie nace virtuoso y las virtudes, como hábitos y costumbres que configuran nuestro carácter o ethos, se adquieren con esfuerzo y gracias a la constancia que se da en un proceso educativo (podemos entender los EE como un proceso educativo). Efectivamente, como dicta tanto la tradición espiritual como la psicológica, cambiar de verdad no es sencillo ni siquiera para quien parece desearlo intensamente acudiendo a Ejercicios (o a psicoterapia). Imaginar que este cambio se produce por el mero hecho de desearlo activamente o por dedicarle unas horas de oración es una ingenuidad en la que Ignacio no cae. Es importante dejarlo claro para evitar frustraciones, fruto de precipitaciones y de expectativas desajustadas.

El proceso de identificación con Jesús de Nazaret es un itinerario en el que será muy importante ir disponiendo el sujeto para que la Gracia pueda ir asentándose pacíficamente, la prisa es mala compañera. Por eso, el camino de conversión requiere constancia, mirada a largo plazo, tolerancia a la frustración, capacidad para soportar el golpe narcisista de verse a uno mismo fracasando setenta veces siete. Por aquí se pueden colar muchas y variadas sutilezas y razones aparentes, desanimantes: algunas de parte del mal espíritu; otras inducidas por el acompañante; no pocas causadas por el narcisismo de un sujeto que ni puede ni quiere verse inseguro o fracasando. Todo ello, en último término, por no contar con que el camino de perfeccionamiento ha de asumir la realidad de la imperfección humana.

El impasse y los peligros de una mala salida

Se puede enunciar honestamente el deseo de emprender un cambio personal, pero uno se va a encontrar con infinidad de resistencias porque la constitución estable de un sujeto psíquico supone el haber llegado a un equilibrio razonable de fuerzas internas y vinculares que hace que cualquier cambio pueda ser sentido como amenaza a la estabilidad alcanzada, algo que se ha logrado con más esfuerzo del que puede parecer a simple vista.

³ GAGLIARDI, A., *Comentario a los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, Mensajero-Sal Terrae-Comillas, Bilbao-Santander-Madrid 2018, p. 101.

⁴ CAMPS, V., “Virtud” en *Diccionario Iberoamericano de filosofía de la Educación*. Consultado online en octubre de 2021: <https://www.fondodeculturaeconomica.com/dife/definicion.aspx?l=V&id=30>

En último término hace su aparición, valga la referencia informal, el sabio refrán español *'vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer'*; es decir, la renuencia ante un cambio psíquico importante, especialmente cuando genera dudas e inquietudes, porque el futuro hacia el que apunta nunca va a ser tan claro y palpable como el presente que se tiene, donde los inconvenientes comienzan a ser vistos como tolerables. Aparecen los celos, las reticencias, los miedos, los razonamientos cargados de sutilezas y engaños⁵. Lo novedoso está por ver que sea mejor y fuente de más felicidad y aquí tenemos un escollo que puede no ser nada fácil de sortear y el hacerlo no está enteramente al alcance de la voluntad del sujeto que dice desear hacerlo. Resistirse entra dentro del orden natural de las cosas.

Intuitivamente, este parón o impasse podría parecer sorprendente si se siguiera el razonamiento de que, 'dado que esta persona parece feliz en su camino, ¿por qué habría de interrumpir ese itinerario?'. Sin embargo, no es en absoluto un acontecimiento extraño; se trata de algo bien conocido no sólo en el ámbito del acompañamiento espiritual, también en los procesos psicoterapéuticos desde el origen mismo de la idea de psicoterapia, en los escritos psicoanalíticos freudianos. Hemos de ubicar este fenómeno en un contexto de naturalidad antropológica esperable para poder llegar a ofrecer alguna luz que ayude a reconducirlo sin caer en culpabilidades o moralismos que no ayudan a un cambio profundo y verdadero.

Con demasiada frecuencia, esta situación se maneja mal tanto por parte del ejercitante como del acompañante. El primero, de pronto, se encuentra invadido por un sentimiento de hartazgo e impotencia que empuja a abandonar, a veces, con una intensidad sorprendente y poco coherente con el itinerario vivido hasta el momento. El acompañante, por su parte, puede verse inclinado a ofrecer mensajes de un cierto tono culpabilizante empujando a pensar al ejercitante que 'algo no estará haciendo bien' o seguramente 'no es suficientemente generoso', etc. Forzar las cosas en este punto puede provocar en el sujeto acomodaciones al discurso del acompañante, o al propio inducido por la mejor de las intenciones, que dan lugar a cambios aparentemente exitosos pero superficiales; un revestimiento de avance en el seguimiento de Cristo que no es más que un bello discurso acompañado, tal vez, de algún comportamiento observable que, en realidad, sirve al propósito de contentar tanto a un observador externo (sometimiento) como al propio sujeto quien, viéndose así, confunde satisfacción narcisista con consolación. Tanto el sometimiento al discurso del otro (a cambio de la vivencia de aceptación y pertenencia) como la satisfacción narcisista (verse mejor que antes o que otros) son la base sobre la que se construyen no pocos cambios presuntos que dejan de serlo cuando desaparece el observador a quien contentar o cuando los inconvenientes se desvelan como más atemorizantes que la ganancia que trae el verse 'renovado/a'. Y, aún peor, si no llegara a desaparecer ese andamiaje caracterial, la persona se puede ver invadida de una profunda e inexplicable insatisfacción existencial; el claro indicio de que ese sujeto, por más encajado y consistente que parezca, no está viviendo desde sus entrañas sino, más bien, 'actuando' (inadvertidamente) para obtener algún tipo de beneficio psíquico o relacional. Ciertamente, la salida del impasse no puede ser ni voluntarística ni forzada porque los riesgos de haber abandonado el camino de conversión, aunque pareciera lo contrario, son claros.

⁵ Sería complejo entrar aquí en todos estos asuntos, baste como muestra la aproximación al autoengaño y el bloqueo mental como protección ante el temor y el desconcierto que hallamos en: GOLEMAN, D. *El punto ciego. Psicología del autoengaño*, Penguin, Barcelona 2019.

El entramado cognitivo engañoso

El posible impasse que anuncia esta regla viene acompañado de una alusión a las distorsiones cognitivas que lo sustentan: 'sutilezas', 'falacias' y 'razones aparentes'. No es sencillo avanzar mucho en el significado de estos términos en la mente de Ignacio, más allá de suponer que haría un uso ordinario del lenguaje de su época⁶. Nos puede ayudar, sin embargo, caer en la cuenta de que una falacia (del latín *fallacia*, 'engaño') es un argumento que parece válido, pero no lo es por más que premisas y conclusiones lo sean⁷; lo cuestionable es el encadenamiento lógico en sí mismo y, por tanto, la consistencia de las decisiones que se toman sobre la base de esa argumentación. En realidad, decidir sobre la base de una argumentación falaz hace que conduzca a decisiones equivocadas que para ser reconducidas sea necesario reconsiderar todo desde el principio; por eso decidir cambios en tiempos de desolación no es recomendable.

Algunas falacias se pueden inducir en el otro sutilmente y con intención, para persuadirle o manipularle, mientras que otras son razonamientos que puede hacer el propio sujeto debido a descuidos, ignorancia o a la necesidad de autoengañarse porque así obtiene algún tipo de beneficio psíquico. A nuestro juicio, Ignacio se refiere aquí a ambas: tanto a aquellas que vienen inspiradas por la mala intención del 'enemigo de natura humana', como aquellas que surgen inadvertidamente en el propio psiquismo como resistencia al camino de conversión mediante razonamientos lógicos errados, basados en verdades a medias, e igualmente dañinos para la persona que está avanzando en el seguimiento comprometido de Cristo. De cualquiera de los dos modos el impasse está garantizado.

Ignacio sabe, por experiencia propia, que 'los pensamientos' (un modo posible de condensar el sistema cognitivo) terminan teniendo un impacto emocional, es decir, funcionan como desencadenante de afectos varios; hoy sabemos con evidencias científicas que toda emoción siempre es 'reacción emocional'⁸ bien sea ante algo de origen interno o externo. El desánimo es la emoción que acompaña a las resistencias al cambio motivadas por distorsiones cognitivas.

Resistencia al cambio

El contenido que alimenta las distorsiones cognitivas que están en la base de las resistencias al cambio puede ser de diverso tipo: vivencias de impotencia personal, dificultad para renunciar a la seguridad de buscar el *propio amor, querer e interés* [Ej. 189] o, sencillamente, temor ante lo desconocido. El caso es que se da un auténtico asalto a la confianza en el 'Criador y Señor' enunciada y sentida, seguramente con gran consolación, en la Primera Semana. Este creyente, con creciente familiaridad con Cristo gracias a las diversas contemplaciones, va ganando seguridad en su entrega, sin embargo, no debe de pensar que todo está hecho, pueden aparecer resistencias a dejar de ser quien uno fue hasta ahora para ir siendo alguien cada vez más identificado con Cristo.

Es en el psicoanálisis clásico donde encontramos las primeras reflexiones sobre el fenómeno y hay buenas teorizaciones y descripciones de los tipos de resistencia según su origen, el tipo, la categoría diagnóstica, etc.⁹; no

⁶ GARCÍA DE CASTRO, J., op. cit., p. 67ss.

⁷ Meterse en asuntos de lógica sería largo, aunque interesante para el proceso de discernimiento. Se puede ver: HANSEN, H. V., "The Straw Thing of Fallacy Theory: The Standard Definition of 'Fallacy'", *Argumentation* 16 (2), 2002, pp. 133-155; POPE, K. S. (2003) *Logical Fallacies in Psychology: 22 Types*, 2003, consultado online en octubre de 2021 (<https://kskope.com/fallacies/fallacies.php>).

⁸ VARELA, C.W., "Reacciones Emocionales: Aspectos Conceptuales y de Medición", *Revista Sonorense de Psicología*, Vol. 12, 1998, pp. 91-97; GREENBERG L.S. Y PAIVIO, S. C., *Trabajar con las emociones en psicoterapia*, Paidós, Barcelona 2000.

⁹ Ver: GREENSON, R. *Technique and practice of psychoanalysis*, The Hogarth Press, Londres 1985.

entraremos en ello porque es imposible en este espacio pero sí se puede resumir en tres variantes que pueden sonar vagamente familiares a cualquier acompañante espiritual: Resistencia a abandonar el control, la autoría de la propia existencia (resistencias del Yo); resistencia a dejar de ser uno mismo la medida de lo que es acertado o desacertado (resistencias del Super yo); resistencia a cambiar el itinerario de búsqueda de satisfacer necesidades de todo orden que llevan toda la vida del sujeto con un modo particular de ser canalizadas (resistencias del Ello)¹⁰. Además, queremos traer aquí un asunto de este espectro que el propio Freud detecta en 1923 y que puede resultarnos verdaderamente familiar: la *reacción terapéutica negativa*¹¹. Con este nombre describe una respuesta paradójica de algunos pacientes que, cuando parece que van mejorando, empeoran; dice Echegoyen que “*algo se opone en ellos al avance, algo los lleva a ver la cura como si fuera un peligro*”¹². Es muy interesante porque es prácticamente la descripción que hace Ignacio con lo que se encuentra en aquellos que van ‘*de bien en mejor subiendo*’ [Ej. 315]. Se trata de un epifenómeno que se sostiene sobre desarrollos intrapsíquicos diversos; con mucha frecuencia, un sentimiento de culpa tal, que es como si uno sólo mereciera vivir en la enfermedad (en nuestro contexto en la condición de pecador irredento). Salir de ahí sería algo totalmente inmerecido, por tanto, insoportable y evitable; algo así como si dijera ‘yo sólo merezco vivir en el síntoma (en el pecado), inmerecedor del Amor’.

Acompañar estas resistencias, particularmente la última, no es tarea sencilla. Para empezar, porque verse así suele ser desconcertante para la propia persona. No se puede traducir, sólo, en un hacer caer en la cuenta al sujeto de su resistir y de cómo no suelta al hombre viejo por falta de confianza en Dios. Hacer este señalamiento y nada más, seguramente sólo va a generar más culpa y vergüenza de sí, porque no estamos ante un movimiento voluntario y el verse sorprendido en esa incapacidad para la generosidad que desea y enuncia tener, somete al sujeto a la mencionada tentación de cambiar en falso: dado que su mayor deseo enunciado es dejarse modelar por Cristo, autoconvencerse de que ya vive como si eso estuviera sucediendo sin reparar en que eso sólo es mero autoengaño bienintencionado; el discurso queda perfecto pero la vida se vuelve insatisfactoria. Sería el triunfo del enemigo de natura humana: una persona que no vive en verdad desde la humildad que da encarar las propias impotencias.

Distorsiones cognitivas para ganar sensación de seguridad, y perderse la Vida.

El problema es que experimentamos la necesidad de vivir en un mundo predecible y, para que esto sea así, tendemos a buscar alcanzar una cierta sensación de certeza y seguridad a costa de distorsionar algo la realidad, la propia y la que nos rodea. Esto es importante en los comienzos del desarrollo evolutivo, como niños, donde la fragilidad y dependencia son máximas y, por tanto, las amenazas que producen estados ansiosos o de expectativa ansiosa son abundantes. En el ámbito de la psicología se han denominado ‘mecanismos de defensa’ a todas estas estrategias cognitivas automáticas de afrontamiento de la ansiedad de origen interno o externo que están al servicio de la constitución de un sujeto psíquico suficientemente fuerte¹³; son un auténtico muro de contención de las grandes agitaciones e inseguridades que puede traer una percepción excesivamente realista de la vida que para un niño puede ser aterradora; sobre esto ya hemos expuesto algunas consideraciones con anterioridad¹⁴. La

¹⁰ FREUD, S., “Inhibición, síntoma y angustia” en *Obras Completas, XX*, Amorrortu, Buenos Aires 1976, pp. 159-154.

¹¹ FREUD, S. “El yo y el ello” en *Obras Completas, XIX*, Amorrortu, Buenos Aires 1976, p. 50ss.

¹² ETCHEGOYEN, H. *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*, Amorrortu, Buenos Aires 2002 (2ªed), p.779.

¹³ ALDWIN, C. *Stress, Coping and Development. An integrative perspective*, Guilford, Nueva York 1994.

¹⁴ MEANA, R., “Más allá del propio amor querer e interés [Ej 189]. Estudio desde una perspectiva antropológica”, *Manresa 91*, 2019, pp. 143-158.

cuestión es que un adulto maduro (por tanto, relacional y confiado) no puede vivir sometido a estas distorsiones cognitivas tan útiles en el pasado porque lo haría empequeñecido, engañado.

Para filósofos tan diversos como Kierkegaard u Ortega y Gasset, un componente básico de la vida adulta es poder lidiar con la inseguridad sin verse aniquilado. Inseguridades que proceden de un entorno incontrolable, pero, también, de la conciencia realista de las propias incapacidades e imperfecciones. La Espiritualidad Ignaciana es de un realismo radical y pone a la persona ante todas estas limitaciones, proponiendo un itinerario para avanzar sin cerrar los ojos, donde la imperfección no es causa de abandono sino motivo para crecer en confianza en Dios. Este es un movimiento contraintuitivo que requiere del sujeto un giro en su modo de comprenderse a sí mismo, comprender a Dios y a la relación de ambos. En la medida en la que no se asume la inevitable insatisfacción por la imperfección y el fracaso como parte de la naturaleza humana y del camino de conversión exitoso, el mundo de las distorsiones de la autoimagen, de las propias posibilidades o de la relación con Dios aumenta exponencialmente. Por tanto, también, la vulnerabilidad frente a falacias, sotilezas y razones aparentes bien sean estas autoinducidas, bien inspiradas por el mal espíritu.

No hay mayor enemigo que la persona aterrada por verse tal como es en realidad, sin aceptar su imposibilidad por alcanzar ideales de perfección que nadie pide; mucho menos el Dios de Jesús de Nazaret para quien el ideal de perfección es el que viene dictado por la capacidad de compasión, no por haber alcanzado ningún horizonte antropológico dictado por las propias fantasías narcisistas de perfección; esto último sería enfermizo, *contra natura*, porque es una aspiración imposible. La sabia neurocientífica y premio Nobel, Rita Levi-Montalcini lo enuncia muy lúcidamente: *“La ambición de ser un día un ‘auténtico gran hombre sin taras’ es una aspiración adolescente. El mero hecho de desearlo excluye a cualquiera de esa categoría (admitiendo que exista), puesto que esta ingenua ambición es de por sí una tara (...). Lo importante no es la ausencia de imperfecciones, sino la pasión, la generosidad, la comprensión y la simpatía hacia el prójimo, la aceptación de nosotros mismos con nuestros errores, nuestras debilidades, nuestros defectos y virtudes, tan semejantes a los de nuestros antecesores y descendientes”*¹⁵. Y, Comte-Sponville sentencia: *“La humildad no es ignorancia de lo que somos sino, más bien, conocimiento o reconocimiento de lo que no somos (...) ser humilde, es amar la verdad más que a uno mismo”*¹⁶.

El ideal antropológico ignaciano está atravesado por la humildad¹⁷, es decir, por la conjunción indisoluble de conciencia de impotencia personal junto con agradecimiento por el inmerecido amor recibido del Señor de la Vida. Aquí radica la salida al impasse que pueden traer los argumentos engañosos que invaden a las personas que avanzan en el camino de conversión. Arzubialde dice que lo que hay en ese momento es una *“muy baja confianza en el Criador y Señor y un superávit de autocentramiento”*¹⁸. Es decir, un fuerte encerramiento narcisista defensivo, el gran enemigo de una naturaleza humana esencialmente relacional, que habría de ser roto para permitirse descansar en el no-yo¹⁹.

En términos psicológicos, la salida a este tipo de impasse se encuentra en ofrecer ‘experiencias emocionales correctivas’²⁰; en nuestro contexto, repetir y actualizar la experiencia de incondicionalidad en el amor de parte de Dios vividas en la primera semana, algo que sería conveniente que llegara en forma de consolación; también resulta crucial que el acompañante sepa transmitir con su presencia e intervenciones, casi sacramentalmente,

¹⁵ LEVI-MONTALCINI, R., *Atrévete a saber*, Crítica, Barcelona 2013, pp. 187-188.

¹⁶ COMTE-SPONVILLE, A., *Pequeño tratado de las grandes virtudes*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile 1996, p. 143-144.

¹⁷ MEANA, R. “Una mirada sobre las tres maneras de humildad”, *Manresa 90*, 2018, pp. 295-298.

¹⁸ ARZUBIALDE, S., *op. cit.*, nota 10, p.803.

¹⁹ Cabría hablar de Winnicott y su concepto de *holding*, la vivencia de haberse sentido ‘sostenido’ por una madre suficientemente buena, como experiencia matriz para, como adulto, poder permitirse volver a ella.

²⁰ THE BOSTON CHANGE PROCESS STUDY GROUP, *Change in psychotherapy. A unifying paradigm*, Norton, Nueva York 2010.

esa aceptación incondicional de Dios. Es lo que en psicología denominaríamos promover un contexto generador de un 'apego seguro', frente al 'apego inseguro' presente, donde la relación con un otro sea vivida sin resquicio de duda hacia las bondades que se puede esperar de él; todo un reto a la calidad de la relación de alteridad que ha de pasar del recelo desconfiado a la seguridad confiada. Experiencia emocional encaminada a aflojar las resistencias minimizando los temores al fracaso: los que vienen del miedo a defraudar a quien más se admira (Dios, pero, tal vez, también la institución o acompañante); los que vienen de temores narcisistas a no dar la talla y verse uno mismo imperfecto sin saber qué hacer con ello; los temores que vienen del verse soltando las riendas de la propia vida y dándoselas a otro.

Los EE, y los diversos instrumentos de la Espiritualidad Ignaciana, tienen como finalidad ayudar al creyente a vivir cada vez más desasido de sí y confiado en Dios, potenciando los compromisos existenciales con el *Criador y Señor*, con los demás y con uno mismo, sintiendo que el criterio de Dios enunciado en la vida de Jesús y su modo de proceder es el adecuado para vivir en plenitud. Es un giro antropológico muy radical porque contradice las tendencias naturales de autoconservación, superar los las barreras y frenos cognitivos que surgen requiere paciencia, compasión, comprensión de las dificultades y mucho tiempo; sobre todo, saber que alcanzar el objetivo es importante pero que la salvación se encuentra ya en no desfallecer en el camino.